

OPINIÓN

Por Arq. Guillermo Tella  
(con la colaboración de  
Alejandra Potocko)



Sin muros no hay paraíso

Hemos sido testigos días atrás de un proceso de acción y reacción muy interesante: el levantamiento de un muro -impulsado por una administración municipal- con el propósito de proteger a "ricos" de "pobres", a "buenos" de "malos". Esto detonó la reacción de vecinos que sentían cercenados sus derechos y procedieron acaloradamente a demolerlo a golpes de todo tipo. Finalmente -y a destiempo- llegaron las autoridades para intentar poner en orden el caos. Tal experiencia es por demás ilustrativa de las tensiones instaladas en el seno de una metrópolis como Buenos Aires, que desde hace un par de décadas acrecienta su tendencia a la segregación social y a la privatización del espacio público. Este sistema de relaciones se expresa en nuevas formas de residencialidad: las urbanizaciones cerradas, que privilegian valores como la seguridad, la exclusividad y la "naturaleza" para la micro-comunidad que alberga. Este producto inmobiliario se localiza de manera predominante en los partidos de la segunda y tercera corona, con preferencia sobre el corredor norte. A través del tiempo ha sostenido su crecimiento y hoy insuena un área de 300 km<sup>2</sup> para los 100 mil habitantes que residen en forma permanente. Comparativamente equivale a 1,5 vez la superficie de la Ciudad de Buenos Aires, para albergar al 3% de su población. Este proceso sólo se sostiene con un alto consumo de suelo y muy baja intensidad de ocupación. Implica, asimismo, la necesaria transformación de tierras de valor agro-productivo -como la zona de huertas, quintas y chacras- y otras de valor ambiental -como los humedales del Delta del Paraná. Además de los impactos en el ecosistema, la ciudad deviene en bordes difusos, en una extensa red de autopistas que los vincule, en altos costos de provisión de servicios y de extensión de infraestructuras. Desde una mirada integral, detona una problemática compleja a desmenuzarse.

Este modelo, que busca preservar física y simbólicamente a unos de otros, genera tensiones sobre el mercado del suelo e instala disputas por el acceso al suelo. La periferia fue, históricamente, el área de residencia de los sectores medios y bajos. Hoy se presente como territorio de conflictos. Esta ruptura de patrones tendenciales de crecimiento fomenta las asimetrías socioespaciales, bunkerizando ciertos sectores de borde y pauperizando al extremo otros. Cabe preguntarse si éste es el modelo de ciudad al que la sociedad aspira, buscando frenéticamente tras los muros el paraíso.

Los especialistas

ARQUITECTO FRANCISCO EZCURRA

Restaurador de historias

Como arquitecto y escultor no le fue difícil decidirse por la restauración, especialidad con la que unió ambas pasiones. Conoció desde adentro edificios y monumentos históricos y descubrió sus secretos. Las vicisitudes de una especialidad que comienza a ser valorada.



Durante los últimos meses el estudio del arquitecto Francisco Ezcurra, que integran su socia, la escultora Romina Bardone y los arquitectos Santiago Ezcurra, Santiago Veronese y Carla Brocato, estuvo ubicado en el histórico convento de Santo Domingo de Buenos Aires, allí donde tuvo lugar una de las más recordadas batallas de la reconquista de 1806. Y en los últimos años lo montó en las instalaciones del Palacio Barolo, de la Basílica de Luján, del teatro Colón, del Palacio Pereda, de la Estación Mitre de ferrocarril. Un destino peregrino para un especialista en restauración, un recorrido que lo llevó a establecer un contacto cercano con la historia secreta de muchos de los lugares más significativos de la historia argentina. Un trabajo que lo apasiona.

"Me encanta lo que hago. Considero este trabajo más importante que el que hacía en mi época de arquitecto diseñador. Con cada edificio que se salva de la ruina, que se convierte en algo saludable, cuando se sacan agregados que no tenían nada que hacer y el edificio vuelve a darnos su cara original, a recordarnos su historia, es como un triunfo. El placer de ver que lo hecho vale. Uno nunca se arrepiente de ello", define.

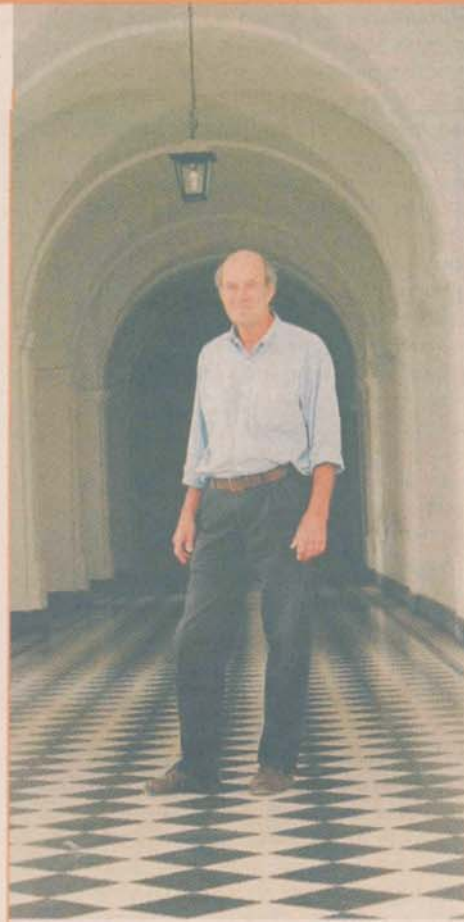
Oficios de otros tiempos

Su primera experiencia fue reveladora. La obra para el edificio del Correo Central lo dejó atrapado. Fue su forma de unir sus dos pasiones, la arquitectura y la escultura. "Yo siempre fui escultor y me di cuenta que traía un bagaje sobre modelado y tallas en piedra muy importante, que me sirvieron mucho", recuerda y señala, "me enganché, acá estoy y no me pienso mover ya".

Para ese trabajo debió recurrir a un viejo oficial frentista formado en un oficio casi extinto para la realización de molduras que debían ser reparadas. El puntapié inicial para la formación de nuevos especialistas.

Mensajes del pasado

Atravesar los umbrales de esos edificios centenarios ya es aleccionador. Pero el trabajo de redescubrir la cara antigua de ellos produce un efecto atrapante. "Me encantan las historias que cuentan los sitios en los que trabajo, las herencias históricas, las enseñanzas que tiene", dice Ezcurra. Mucho más si aparecen de la nada fragmentos de historias perdidas como algunas de las balas de cañón inglesas aún incrustadas



Francisco Ezcurra instaló su estudio portátil dentro del Convento de Santo Domingo, pilar de la resistencia durante las invasiones inglesas.

en las paredes del Convento de Santo Domingo o una lata con monedas de época con una carta dirigida a las generaciones posteriores que el escultor del grupo escultórico de San Francisco (que incluye a los terciarios Colón, el Dante y el Giotto) dejó en la cabeza del Dante en el convento de dedicado a ese santo en Buenos Aires.

Presupuestos a mano alzada

Actualmente tiene montado su estudio en la parte trasera del Convento de Santo Domingo ubicado entre Belgrano y Bolívar, una obra de refacción integral (que no incluye el interior del templo).

Los innumerables problemas técnicos que encontró hablan de la complejidad de su trabajo. Las rebeldes manchas de humedades en las paredes y techos, bóvedas rajadas, una cúpula a la que debía devolverse su valor histórico descartando los agregados posteriores, la tarea de reemplazar las mayólicas de las torres de frente a las que la humedad y las sales atrapadas en distintas capas de pintura carcomieron en forma definitiva y el trabajo de consolidar una cornisa de un metro de ancho agregada en 1910 no trabada a su mampostería.

La pregunta casi de perogrullo es cómo se hace un presupuesto que contemple tan diversos aspectos.

Ezcurra, primero rememora algunos fracasos aleccionadores como la experiencia de restauración de la Casa Rosada que, además de dejarle un gusto amargo, le restó dinero del bolsillo y luego responde: "Muchas de las obras son monumentos históricos nacionales, por lo que el comitente es el Estado. Son obras públicas, licitadas por la ley de obras públicas con presupuestos, ajuste alzado y tiempos. Para ello recurrimos a nuestras experiencias previas. Pero muchas veces es una adivinanza ya que no hay presupuestos para licitar los trabajos de exploración y cateos previos a fondo. Algo que comienza recién ahora a corregirse".

Además, continúa, "en una casa nueva todos sabemos cuando se hace un trabajo bien, pero en restauración los parámetros de exigencia cambian, se depende mucho más del comitente. Hay que preguntarse, ¿la obra debe quedar como el día que se hizo, mejor o saneada pero con las cicatrices del tiempo? Te pueden pedir que hagas un trabajo tan importante como el de la Capilla Sixtina en una casita de un barrio".

Principales obras \*

- Correo Central
- Palacio Pereda
- Estación del ferrocarril Mitre en Retiro
- Basílica de Luján
- Teatro Colón
- Casa Rosada
- Conventos de Santo Domingo y San Francisco en Buenos Aires
- Palacio Duhau
- Palacio Hirsch

\* Trabajos realizados en calidad de contratista ó subcontratista